

El *Quijote* en las *Lecturas clásicas para niños*

● BLANCA RODRÍGUEZ

In memoriam Olga Rodríguez Soto de Gajá

Una de las tareas educativas y culturales que se impuso José Vasconcelos, primer titular de la Secretaría de Educación Pública, de octubre de 1921 a julio de 1924, fue la edición de libros que elevaran la condición humana del pueblo mexicano tras la violenta revolución apenas concluida. Entre esas obras apareció *Lecturas clásicas para niños*,¹ cuyo primer tomo terminó de imprimirse en octubre de 1924, y el segundo en junio de 1925. De acuerdo con el colofón de este último, participaron en el primero los escritores Gabriela Mistral, Palma Guillén, Salvador Novo y José Gorostiza, tomo que contenía adaptaciones de obras del Oriente, Grecia y los Testamentos Antiguo y Nuevo. En el segundo, dedicado a la literatura europea y a la de la América indígena e hispánica, colaboraron Jaime Torres Bodet, Francisco Monterde, Xavier Villaurrutia y Bernardo Ortiz de Montellano. Este tomo, presidido por España, a la que suceden Francia, Italia, Alemania e Inglaterra, se inicia con una selección del poema de *El Cid*, transcribe los romances del Prisionero y del Conde Arnaldos, y cierra con la adaptación del *Quijote*.

Para la celebración que nos congrega, el primer interés se centró en averiguar cómo logró conjuntarse esta obra y quién se había encargado en particular de su adaptación. Uno esperaría que, con los ojos de este siglo nuevo, la información hubiera estado esperando porque uno la organizara y la escribiera, pero encuentro un silencio elocuente en

¹ *Lecturas clásicas para niños*, “Razones...” por Bernardo J. Gastélum, “A guisa de prólogo”, por José Vasconcelos, vols. I-II. México, SEP, 1924-1925. [Capítulo] “Miguel de Cervantes. *Don Quijote*”, vol. II, pp. 49-84.

torno suyo, obra que, sin embargo, ha gozado de varias ediciones de las que hablaré adelante. En el Archivo Histórico de la Secretaría de Educación Pública (SEP) no existe sino una caja desordenada que no arroja datos sobre el desenvolvimiento de la labor editorial de Vasconcelos. Sólo a través del *Boletín* de la propia SEP o de las memorias gubernamentales se encuentran pequeñas informaciones con que pueden tejerse algunas coordenadas: todas apuntan a que Vasconcelos, al renunciar, a mediados de 1924, a su cargo, como protesta por el asesinato del senador Field Jurado y la firma de los Tratados de Bucareli, fue enviado al limbo, máxime porque había mostrado ambiciones políticas en torno a la gubernatura de Oaxaca. A partir de su salida, cuanto había realizado en materia editorial trató de nulificarse de inmediato por el subsecretario encargado del despacho, bajo la consigna del feneciente régimen obregonista, y esa estrategia se reforzó a fines de 1924, cuando Plutarco Elías Calles asumió la presidencia.

A la distancia de varias décadas, Jaime Torres Bodet recordaba en sus memorias la crítica negativa que por falta de comprensión había recibido la previa edición de los clásicos griegos y latinos, de modo que:

Vasconcelos estaba convencido de que los comentarios desfavorables suscitados [por los clásicos] eran, sólo, la consecuencia de una falta absoluta de comprensión. Se imponía, a su juicio, aclarar el propósito perseguido. Convenía añadir, por tanto, a la serie prevista para el adulto, otra, más accesible, de lecturas clásicas para niños. [...] Una comisión de escritores [...] recibió el encargo de ponerse a la obra sin dilación. [...] El hecho de que una mujer como Gabriela Mistral hubiera aceptado contribuir a la elaboración del libro patrocinado por Vasconcelos nos alentó. Se hizo cargo ella de una sección del primer volumen. Los demás escogimos de acuerdo con nuestras preferencias, siguiendo la pendiente de nuestros gustos. [...] No acierto a fijar, sin embargo, la responsabilidad de varios textos. Sé que la mía estuvo ligada a la [...] selección de las páginas sobre Parsifal y estoy seguro de haber traducido del francés [...] el relato de los amores de Tristán. [...] Me entero, por Salvador Novo, de que él trabajó sobre el material de los *Upanishads*.²

² Jaime Torres Bodet, *Tiempo de arena*. México, FCE, 1988, pp. 171-173. Torres

Su testimonio proporciona algunos recuerdos vagos y, si se retoman los colofones, tampoco son fieles en cuanto a quién participó en cada obra, pues se descifra que en cada tomo se tuvo cuidado en distinguir a Mistral y a Torres Bodet al encabezar cada uno la lista correspondiente, sin que ello guardara relación con el orden de las piezas literarias. Tras indagar en otras fuentes sobre los intereses de los colaboradores —que en su mayoría conformaron el posterior grupo de los Contemporáneos—, lo cual no despejó mis dudas, recurrí al testimonio de Miguel Capistrán, investigador especializado en sus personalidades, obras e intereses, quien opinó que todos los autores contribuyeron en ambos tomos, ocupados en distintas obras, y se inclinó por atribuir la adaptación del *Quijote* a Salvador Novo, fundando su apreciación no sólo en sus conocimientos, sino en el testimonio memorioso que, como colaborador suyo, conservó sobre su biblioteca, pues “Novo desde muy joven dominó los clásicos españoles y eso se nota en las antologías que preparó para sus clases”, a lo que sumaría “el éxito que tuvo la representación de su farsa *Don Quijote*”,³ en 1947, en ocasión del IV centenario del nacimiento de Cervantes. Cabe agregar algo no mencionado por Capistrán: la amistad con que Novo lo distinguió hasta el fin de sus días.

La adaptación del *Quijote*

Asentado lo anterior, para iniciar este apartado me detengo en la estampa en color que presidió la obra cervantina: se debió a Roberto Montenegro y que muestra a don Quijote montado en Clavileño, con un corazón en la mano derecha, y con la izquierda, que empuña su lanza, detiene, a la vez, una corona de laureles. Lo observan, a su izquierda, en segundo plano, un personaje de tez moruna, tocado con turbante, con un tenue

Bodet fungió como secretario del ministro y, a la vez, como jefe del Departamento de Bibliotecas. Julio Torri estuvo encargado de las ediciones. En 1925, Salvador Novo estuvo al frente del nuevo Departamento Editorial durante el régimen callista.

³ Salvador Novo, *Don Quijote. Farsa en tres actos y dos entremeses*. México, INBA, 1948.

movimiento de su cuello hacia el caballero, que para mí representa a Cide Hamete Benengeli, a su vez acompañado por un bufón o arlequín con antifaz. A sus espaldas, el caballero es observado por la duquesa en primer plano y en segundo se encuentran el duque y un obispo con mitra, que representa al eclesiástico preceptor y, por extensión, a la Iglesia católica.

En cuanto a la historia que está por ser leída, se caracteriza porque su texto se encuentra integrado por cinco partes o capítulos. De la primera parte del original se adaptaron los capítulos I, VIII y XI; y de la segunda, el XII, el XIV y el LXXIV,⁴ con que concluye la obra. El libro no señala cuál edición fue su fuente, y, en relación con las ediciones difundidas en nuestro medio, guarda similitud textual con la de “Sepan Cuantos...” de Editorial Porrúa, colección que, en general, recurre a textos del XIX, con prólogo de Américo Castro, quien seguramente aprobó el texto cervantino. Entre la versión de *Lecturas...* y la de Porrúa se respetan los arcaísmos como ‘dalle’, ‘deste’; difieren escasamente en el uso de signos de puntuación y coinciden en las reglas de acentuación de la época. Si la comparamos con la de Edición Castalia (1988), al cuidado de Luis Andrés Murillo,⁵ difiere en la modernización de ciertos arcaísmos y las nuevas reglas ortográficas. Para los fines de este trabajo me guíé, en la comparación, por estas dos ediciones, que son textos que se estudian en nuestra Facultad.

Con respecto de la primera parte del *Quijote*, el primer capítulo, “De la condición y ejercicio del famoso hidalgo”,⁶ fue transcrito en forma

⁴ Los títulos respectivos son, en orden: “Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha”; “Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordación”; “De lo que sucedió a don Quijote con unos cabreros”; “De la estraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote con el bravo Caballero de los Espejos”; “Donde se prosigue la aventura del caballero del bosque”, y “De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte”, en Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Pról. de Américo Castro. México, Porrúa, 1973 (“Sepan Cuantos...”, 6).

⁵ Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed., introd., y notas de Luis Andrés Murillo, vols. I y II, Madrid, Castalia, 1978.

⁶ En la adaptación no se enumeran sus cinco partes o capítulos. Recojo el título adaptado, respetando su orden de aparición y, para que el lector no pierda la ubicación usual, aludo al número del capítulo original.

íntegra; lo preside un grabado apaisado de Montenegro que representa a don Quijote leyendo en su biblioteca y el texto se inicia con una capitular con grabado alusivo. Al finalizar, el adaptador escribió un párrafo de docena y media de renglones entre paréntesis, donde se abrevian los originales capítulos II a VI, en que tienen lugar la primera y segunda salidas de don Quijote, inserción donde demuestra la interioridad que tiene con el lenguaje cervantino, pues sigue fielmente su tono y giros lingüísticos. Prosigue el capítulo VIII, “De la jamás imaginada aventura de los molinos de viento”, ilustrado con grabado alusivo de Gabriel Fernández Ledesma. Se ha transcrito la mitad del texto, finalizando previo a la aparición de los frailes de san Benito y el coche de la señora vizcaína. De ahí salta al capítulo XI, “De lo que sucedió a don Quijote con unos cabreros”, ilustrado también por Fernández Ledesma, sin duda deseando despertar el interés del lector por aquellas partes donde lo literario se exacerba: “Dichosa edad y siglos dichosos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados...”, que está completo, excepto la canción de Antonio.

De los capítulos de la Segunda parte de la obra, el XII y el XIV componen “La extraña aventura del Caballero de los Espejos” acompañados con un grabado de Montenegro. El adaptador elude el inicio original para trasladarlo al momento en que don Quijote se encuentra dormitando al pie de una encina y concluye fielmente. Prosigue de inmediato, sin enlaces, con el texto íntegro del capítulo XIV, que corresponde a la aventura del caballero del bosque, salvo su oración final que abarca dos o tres renglones. En este caso, el adaptador prestó atención a la convivencia del relato de aventuras al lado de la mejor prosa cervantina por medio de dos discursos: “Por el cielo que nos cubre que peleé con don Quijote...” y, en especial: “En eso, ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos...”. Concluye esta adaptación con el capítulo final de la obra, intitulado “De cómo don Quijote enfermó, y del testamento que hizo y de su muerte”, transcrito fielmente hasta la declaración: “Este fin tuvo el ingenioso hidalgo de la Mancha [...] como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero”. El grabado corresponde a Montenegro y, en este caso, el rostro de la muerte acecha, tras un cortinaje, los instantes postreros del Caballero de la Triste Figura.

Aciertos de la adaptación

Al haberse apegado a los cruciales capítulos de inicio y fin de la obra —el alfa situada en la madurez del personaje principal y la omega en su muerte—, la adaptación permite que el lector forje en su imaginación el perfil íntegro de don Quijote: en su relativa brevedad, pues son treinta y dos páginas de texto, le transmite al niño o joven cuán importante resultará toda acción que ocurra o haya ocurrido en el resto de la obra. Su encargado reescribió los títulos de los capítulos de manera que con menos palabras se anunciara el atractivo de su materia. En esto se valora su destreza en lo narrativo, logrado con coherencia y equilibrio entre las dos partes del *Quijote*. En calidad de aclaraciones, insertó tres notas al pie para explicar con suma brevedad asuntos de importancia abordados en otros capítulos y que incidían en la coherencia narrativa.

Para el cumplimiento de su tarea, considero que el adaptador procuró, además, la inclusión del primer capítulo no sólo para situar la obra y otorgarle unidad, sino para recobrar la idea de “Desocupado lector” del prólogo, pues dicho capítulo resalta, en relación con el personaje principal que “los ratos que estaba ocioso [...] se daba a leer libros de caballería con tanta afición y gusto ...”, que transmite lo que *Lecturas clásicas...* pretendía y, a la vez, legitima la locura en que se sumerge un lector o espectador al adentrarse en la obra de arte, porque “llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros”.

Los capítulos intermedios de la selección procuran encontrar el entretenimiento épico con ánimo de interesar a un lector en formación, al que pueden interesarle vivamente las aventuras de un viejo desquiciado y vestido con armadura —primer motivo plástico *visual* y *auditivo* para la imaginación—, a quien se suma Sancho Panza, pues el lector curioso no dejará de preguntarse: “¿Y qué pasó?” La elección de esos capítulos se distingue: el primero, por la representación fantástica de los molinos de viento convertidos en gigantes, con similares motivos sensoriales, que un lector que no los conozca puede imaginarlos con recordar la sencillez de un rehilete popular; el segundo, por la convivencia de don Quijote y Sancho Panza con personas rústicas que comparten su cena y cantos, que armoniza con el discurso que el caballero ha pronunciado sobre lo “tuyo y mío”, no ajeno al espíritu de nuestras

comunidades rurales y de la sociedad mexicana tradicional, y el tercero refuerza aquellos motivos —en particular los visuales por medio del Caballero de los Espejos— y entretiene al lector con la disputa de quién sería dama más hermosa: si Dulcinea del Toboso o Casildea de Vandalia; a la par, coexistiría otra lectura de mayor profundidad pues el *espejo* estaría siendo sugerido por el diálogo entre ellos; por último, no deja de aparecer el humor en la escena entre Sancho Panza y Tomé Cecial, el escudero del de los Espejos.

En cuanto al capítulo omega de la obra, guardo silencio ante el contenido de su testamento y de las palabras que en boca de Alonso Quijano lo anteceden: “Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha [...]. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula [...]; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería [...]; ya, por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia, las abomino”. Sólo valdría opinar que por el hecho de transcribir el capítulo, de antemano su universo de lectores estaba recibiendo el respeto de quien fue su adaptador, al incluir el conocimiento de la muerte como una experiencia para la mente infantil.

En relación con la hipótesis de que Novo haya sido el adaptador, cuenta además su interés a propósito de la celebración en 1947 del cuarto centenario del nacimiento de Cervantes, al escribir y montar su farsa *Don Quijote* en el Palacio de Bellas Artes. Hasta aquí dicha hipótesis sobre su participación en *Lecturas clásicas...* queda en ello, en espera de que llegue a localizarse un documento que lo atestigüe. Mientras tanto, si dedicamos unas contadas horas a la lectura de su farsa, convenimos que Novo, en efecto, conoció a profundidad la obra, asunto que se refuerza por las reflexiones que el escritor vierte, treinta años más tarde, en sus memorias. En lo que concierne a su adaptación teatral de la novela *Astucia*, juzga lo siguiente:

Una infinita serie de circunstancias hacía mil veces más difícil la adaptación para el teatro de esta novelota que la del *Quijote*. En primer lugar, como que el *Quijote*, aun para los niños que no lo hayan leído nunca, está en el subconsciente. Luego, *sus episodios son aislados, completos, cerrados, y tan esquizofrénicos dentro de la paranoia del héroe, que no era realmente difícil escoger entre*

ellos aquí y allá con cuáles subrayar y mostrar la acción del héroe y la compañía de Sancho. Por último, el mensaje, por universal y genérico, era fácil de conferir; y *la irrealidad permitía toda especie de licencias* en las mutaciones, y toda clase de recursos en las cabalgaduras y en los trajes. [Frente al problema de las escaramuzas a caballo] No podría, en el caso de *Astucia*, acudir a los símbolos fantásticos como en el del *Quijote*. El realismo de esta novela mexicana me lo vedaba.⁷

El empleo personal de las cursivas en esta cita me sirve para llamar la atención sobre el punto de vista de Novo respecto de la obra en cuestión y, en mi opinión, esas palabras mostrarían cierto espíritu paralelo con la adaptación que estamos revisando.

Tradición del *Quijote* en ediciones mexicanas

El erudito don José Rojas Garcidueñas dedicó su libro *Presencias de don Quijote en las artes de México*⁸ a reunir diversas investigaciones, entre las que hubo espacio para las artes gráficas, que se concretaron en el capítulo “Las ediciones mexicanas ilustradas del *Quijote*”, que fueron las siguientes: la de Mariano Arévalo, en cinco pequeños volúmenes (1833); la de Ignacio Cumplido, en dos volúmenes (1842), que ha reeditado en forma facsimilar Miguel Ángel Porrúa en años recientes; la de Simón Blanquel, en dos volúmenes (1852 y 1853); la de Mariano Villanueva y Viuda de Segura e hijos, en dos volúmenes (1868); la del periódico *El Mundo* (1900), que reproduce los “famosísimos dibujos de Doré”,⁹ y la de las *Lecturas clásicas para niños* (1925). A todas ellas dedicó un análisis detenido de las ilustraciones y su valoración crítica, resaltando entre ellas la de Cumplido, sobre la que recoge el

⁷ S. Novo, *La vida en México en el periodo presidencial de Miguel Alemán*. Comp. y nota preliminar de J. E. Pacheco. México, Conaculta, 1994, pp. 129-130. Léase, además, la página 43 sobre sus tesoros cervantinos. *Viajes y ensayos*, vol. 2. México, FCE, 1996.

⁸ José Rojas Garcidueñas, *Presencias de don Quijote en las artes de México*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, 1968.

⁹ *Ibid.*, p. 77.

juicio elogioso de Gabriel Fernández Ledesma: “el gran cumplido haciendo honor a la nobilísima ambición de superarse, asombra a su época con las publicaciones que produce: en el 42 [1842], la magistral edición del *Quijote*, realizada en dos tomos y que representa —entonces y ahora— un extraordinario valor técnico y bibliográfico”.¹⁰

En relación con *Lecturas*, su primer juicio es el siguiente:

Uno de los más hermosos libros, por varios conceptos, que oficialmente ha publicado el Estado mexicano es una selección de trozos de obras universalmente célebres, con hermosas y valiosas ilustraciones, destinados a los niños de México. [...] sus ilustraciones son pocas, pero muy importantes [...], de esas siete ilustraciones, tres me han parecido superiores, las he elegido [...] y a ellas me voy a referir.¹¹

Sobre la capitular afirma: “es un grabado en madera, que fundamentalmente atribuyo a Fernández Ledesma”¹² y valora “su economía de trazos y un buen sentido de la composición”. Sobre la viñeta, que corresponde a la aventura de los cabreros, tras describir sus ejes y equilibrios afirma que “Bastaría ese pequeño grabado para mostrar qué buen grabador era ya, en aquellos sus años juveniles, Fernández Ledesma. Que el lector vea cuidadosamente la composición, los ejes, los trazos todos del grabado y convendrá en que es digno de encomio”. Por último se refiere a la lámina que firmó Roberto Montenegro, y para dar cauce a su opinión, primero aclara el propósito tradicional de las ilustraciones del *Quijote* en ediciones anteriores, que extiende a las europeas y del Nuevo Mundo del siglo XIX declarando:

[E]n cambio, la obra de Montenegro tiene un sentido completamente diferente pues hay en ella trascendencia y simbolismo de tal manera que no ilustra una escena concreta ni en frase alguna de la obra, y aun más, ese sentido trascendente y simbólico es el que corresponde a nuestra actual sensibilidad y a la interpretación que del *Quijote* hacemos en nuestro tiempo, sin duda diferente a la que se hizo en

¹⁰ *Ibid.*, p. 84.

¹¹ *Ibid.*, p. 98.

¹² *Ibid.*, p. 99 para las citas de este párrafo.

otras épocas y quien sabe hasta dónde coincidente o diferente de la que de su propia obra tuvo Cervantes. [...] es con su simbolismo y su estilización, la mejor ilustración mexicana que he encontrado en ediciones, hechas en mi país, del texto del *Quijote*.¹³

Con respecto a esta ilustración, mi punto de vista sobre los dos personajes que están a la izquierda de don Quijote ha sido externado; el maestro Rojas Garcidueñas considera que la persona con turbante es una mujer que, igual que el arlequín, sirve a los duques.

Sobrevivencia de una edición

Cuando Vasconcelos presentó su renuncia, se apresuró la impresión de las *Lecturas*. Para estas fechas, se había fundado el Departamento Editorial, que estaba a cargo de Julio Torri.¹⁴ De hecho, suponemos que la aparición de primer tomo se realizó en forma por demás discreta durante la primera feria del libro en el Palacio de Minería, que organizaba Torres Bodet desde 1922 y que fue inaugurada el 1 de noviembre de 1924,¹⁵ en que se expusieron ediciones mexicanas del *Quijote*, entre las que se encontraban las de Mariano Arévalo Cadena (1873) e Ireneo Paz (1877).¹⁶ En una nota alusiva, se da cuenta de nuestra obra como “de exquisita presentación, en cuya factura colaboraron distinguidos escritores y artistas. Será un éxito —¿el último?— de las ediciones universitarias”, se preguntaban a media voz dos escritores.¹⁷

¹³ *Ibid.*, pp. 99-100 y 102.

¹⁴ “Directorio de la SEP”, en *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, vol. II, núm. 5, 2o. semestre de 1923, y núm. 6, 1er. semestre de 1924.

¹⁵ “La feria del libro, en el Palacio de Minería, fue inaugurada ayer [...]”, en *El Universal*, 2 de noviembre de 1924, 2a. sección, pp. 1 y 11.

¹⁶ Nicolás Álvarez Zúñiga, “Gran éxito de la feria del libro”, en *El Universal*, 9 de noviembre de 1924, pp. 1 y 11. Cf. *Obras monográficas mexicanas del siglo XIX en la Biblioteca Nacional de México: 1822-1900*. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1997, fichas 1893 y 2135.

¹⁷ Martín el Bibliófilo, “Los mejores libros publicados en México durante 1924”, en *El Universal Ilustrado*, 13 de noviembre de 1924, p. 31. Bajo ese seudónimo se

El segundo tomo empezó a distribuirse hacia fines de 1925, según lo reporta Pablo Leredo en su reseña alusiva, único testimonio que salva la censura del Estado, donde no oculta su sorpresa por el adelanto editorial de la SEP, “que entrega libros perfectos, capaces de complacer al más exigente bibliógrafo”, acredita a Novo haber cuidado su edición, “y su tarea nobilísima merece cálidos, entusiastas elogios” para juzgar que:

El material está vigilado con atenta perspicacia; se trata de un libro para niños. Todos los que en él colaboraron, esforzándose por no dejar una sola sombra en su estilo, en darle claridad natural, en despojarlo de toda reticencia, para que nada fuera difícil de comprender a las mentes infantiles. Todo es luminoso. Las partes que se conservaron tal como los autores las concibieron, están admirablemente seleccionadas y respetadas.¹⁸

De acuerdo con las cifras de tiraje que han quedado registradas en fuentes de la época, la edición del segundo volumen constó de 5 000 ejemplares de 398 páginas,¹⁹ pero se sabe que muchos libros ya impresos se destruyeron o se tiraron a la basura.²⁰ Además, la SEP había modificado el plan editorial de Vasconcelos para dar cauce a la impresión de otros materiales que juzgaron necesarios para la alfabetización de grandes núcleos de población, pues cerca del 80% de la población era analfabeta,²¹ pero corrigió el mal que suponía que ocasionarían los clásicos para niños con una obra de tirajes muy superiores a la que nos ocupa: se trataba de *Corazón. Diario de un niño*, de Edmundo de Amicis, que tuvo un tiraje de 50 000 ejemplares empastados, vendidos

amparaban Rafael Heliodoro Valle y Francisco Monterde. Cf. Ma. del Carmen Ruiz Castañeda y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 2000, p. 534.

¹⁸ Pablo Leredo, “Libros y revistas que llegan”, en *El Universal Ilustrado*, Año IX, núm. 445, 19 de noviembre de 1925, s/p.

¹⁹ *El esfuerzo educativo en México. La obra del gobierno federal en el ramo de Educación Pública [...] (1924-1928). Memoria [...]*. México, SEP, s.f., vol. II, p. 498.

²⁰ José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos*. México, FCE, 1983, pp. 104-109.

²¹ Engracia Loyo, “La lectura en México, 1920-1940”, en *Historia de la lectura en México*. México, Ermitaño/El Colegio de México, 1988, pp. 243-294.

a \$ 0.35 cada uno.²² Para el 30 de noviembre de 1925, los datos de existencias del primer tomo de las *Lecturas* indican que estaban almacenados 2 948 ejemplares, y, del segundo, 3 250, esto es, su movimiento era lento, quizá debido al proceso de empastado, pues las informaciones apuntan a que el proceso de impresión estaba totalmente concluido. Por otra parte, Vasconcelos había estructurado una red de diversos tipos de bibliotecas en distintas regiones del país, a las que se donaba toda nueva edición.²³

Sin embargo, el problema de difusión de estos libros no sólo fue político y pedagógico, porque hubo sectores que objetaron su dificultad para ser leídos, sino que fue también comercial, porque los negocios editoriales empezaron a verse afectados, como cuando Vasconcelos compró a precio de ganga miles de ejemplares de la versión íntegra de *Don Quijote de la Mancha*, lo cual nos recuerda un caso reciente. Por ello, el subsecretario Bernardo J. Gastélum debió salir al paso declarando lo siguiente:

No obstante la oposición que en un principio tuvo la idea, por no haber sido apreciada en todo su valor, la Secretaría procedió a editar un libro con lecturas selectas de clásicos, que constituye a no dudarlo, la obra más valiosa que se ha dado a luz, para ponerla en manos de los niños. El libro de que se trata bajo el título de *Lecturas clásicas para la infancia [sic]*, es un verdadero tesoro, tanto por su material literario concienzudamente seleccionado, como por su presentación artística.²⁴

²² *El esfuerzo educativo en México...*, p. 457. Corroborado por “Informe de las labores [...] durante el año de 1925” [firmado por el director de Publicaciones, Salvador Novo], en *Boletín de la SEP*, vol. IV, núms. 9 y 10, diciembre de 1925, p. 242. *La educación pública en México a través de los mensajes presidenciales [...]*. México, SEP, 1926.

²³ Véase José Vasconcelos, *De Robinson a Odiseo. Pedagogía estructuraliva*. México, H. Cámara de Senadores, 2002.

²⁴ [Circular] en *Boletín de la SEP*, vol. III, núm. 7, 2º semestre de 1924, pp. 249-252. Ante lo que las editoriales vieron como un peligro para ellas, en este mismo *Boletín* se informa del artículo “Abolición de los libros de texto”, publicado en *Excelsior*, 21 de febrero de 1924, cuya respuesta, por parte de Gastélum, se publicó en *El Universal*, 23 de febrero de 1924.

Los debates, el ocultamiento de ediciones y la cancelación de todo lo relacionado con José Vasconcelos, me han llevado a la sorpresa desagradable de comprender el encono que causó un libro que era en sí una muestra del arte editorial mexicano, ahora procurado por los bibliófilos. Desde el punto de vista de mi inicio como lectora de la obra en cuestión, tuve el privilegio de que mi tía Olga me regalara las *Lecturas*²⁵ en una colección facsimilar subdividida en quince tomitos, que conservó la estampa de color adherida, coordinada por la Editorial Nueva España, fundada, a su vez, por intelectuales del exilio español: fue ése mi primer acercamiento a la obra de Cervantes.

A las críticas de la época de que su contenido no podría ser leído por niños, opongo el testimonio de José Rubén Romero (1890-1952), en el que apreciamos que la noción de “niño” se prolongaba más de lo que ahora se juzga:

Suele leerse por primera vez el *Quijote* entre los 12 y los 15 años, y a esta edad, el pequeño lector devora el libro aguijoneado por el embeleso de las fabulosas hazañas que los caballeros andantes llevan a cabo, venciendo ejércitos enteros [...] El niño se desliza por las aventuras del libro sin parar mientes en las bellezas del lenguaje [...] Mi entusiasmo infantil por don Quijote me llevó a ponerlo en la escena, en un teatrillo de cartón, obsequio de mis padres, que lo adquirieron con su respectivo elenco de títeres, en un estancillo existente en la calle de Escalerillas.²⁶

Desde la lectura actual, comprendo que aunque su título se dirigía a lectores de corta edad, la obra rebasaba su frontera original; en realidad no tenía límites para receptores imprevistos: al ser distribuidos en escuelas y bibliotecas, así fueran las de carácter ambulante, una innovación de Vasconcelos, los libros estaban formando lectores lo mismo entre jóvenes que entre adultos, fueran los propios maestros o los padres de familia. Esto es, el libro poseía una mira educativa, artística, literaria y

²⁵ [Miguel de Cervantes Saavedra], *Don Quijote de la Mancha*. México, Nueva España, s.f. (Lecturas clásicas para niños).

²⁶ José Rubén Romero, “Cómo leemos el *Quijote*”, en José Rojas Garcidueñas, *Cervantes y el Quijote*. México, SEP, 1972 (SepSetentas) pp. 17-19.

humana, que lo convertía en un catalejo para conocer la cultura universal, y en el México de 1920, en que el censo reveló que el analfabetismo afectaba a casi siete millones de personas, o sea que dos de cada tres mexicanos mayores de diez años no sabían leer,²⁷ todo esfuerzo en pro de la lectura tenía carácter imperativo. Los editores particulares no consideraron, entonces, que si se enseñaba a leer a un joven o adulto en edad de trabajar o de ser padre, las posibilidades de formar un núcleo alfabetizado se multiplicaban en favor de la lectura.

La Secretaría observó sensiblemente el panorama de todos estos factores que se entrecruzaban entre el libro, los editores y el público, y considero que fue una de las razones por las que, finalmente, se celebró la feria del libro. Al menos, fue la prensa la que divulgó sus beneficios. Por una parte, participaron los editores privados, que así apreciarían un equilibrio frente a las prensas estatales: en realidad las noticias de la época privilegian la participación tanto de las compañías periodísticas como las de aquellos editores: uno de ellos fue Santiago Galas. Además de la mencionada exposición de *Quijotes*, Roberto Montenegro exhibió sus dibujos, hubo conferencias de eruditos, por ejemplo; Francisco Monterde dedicó una a los *ex libris* de bibliófilos mexicanos, que se publicó de inmediato. A las pocas semanas, *Revista de Revistas*²⁸ incluyó en sus páginas gouaches de Montenegro y de Fernández Ledesma que provenían de los tomos de *Lecturas*: son testimonios contados pero significativos, sobre una obra que pese a su apriisionamiento, fue ganando poco a poco terreno. Al paso de los años, el gobierno federal y, por excepción, el Estado de México, reimprimieron la obra en diversas calidades y formatos, ya que la caja original (12.2 cm de ancho x 19.3 cm de alto) permitía su reedición tanto en formato de “folio” (31.5 cm de alto), con un descanso visual en su extenso margen que contribuye a resaltar grabados y estampas, como en formato de “cuarto” (22.4 cm de alto). Con motivo del Año Internacional del Libro, en 1974 se imprimieron versiones de lujo (500 ejemplares),²⁹ populares

²⁷ E. Loyo, *op. cit.*, p. 259.

²⁸ *Revista de Revistas*, núm. 756, 2 de noviembre de 1924, p. 25; núm. 757, 9 de noviembre de 1924, p. 18; y s/n, 4 de enero de 1925, pp. 15-18.

²⁹ *Lecturas clásicas para niños* [Ed. facsimilar] vols. I-II. México, SEP, 1974.

y para maestros de educación básica, con tirajes de 20 000 ejemplares, y poco después, en 1982, se realizó otra, de 500 000 ejemplares.³⁰ Es indudable que, en el transcurso de los años, los gobernantes procuraron prestigiar sus gestiones con esta obra cultural de alcances universales, pero no apreciamos que haya sido leída siquiera por los maestros de educación primaria, dados los tristes resultados que han arrojado las recientes evaluaciones internacionales sobre nuestro país.

Severo con sus entusiasmos de juventud, en su madurez, Torres Bodet, con no oculta amargura, juzgó así aquella apuesta por la cultura, más que vasconcelista, ateneísta:

Al revisar esos libros, los reconozco débiles, vacilantes. La intención resultó, sin duda, superior a la obra terminada. De ella emergen, con particular nitidez, las ilustraciones de Montenegro y de Fernández Ledesma. Siento que, por momentos, “facilitamos” lo que hubiéramos debido ofrecer al niño en su perfección intocable e inmarcesible. En otras partes, por respeto para el autor, glorificamos el uso de las tijeras. Dimos los textos originales. Con pocas notas y, en su mayoría, de eficacia muy discutible. La experiencia, de cualquier modo, fue sumamente atractiva. No sé si valdría la pena intentarla de nuevo, con mayor detenimiento literario y con sentido pedagógico menos superficial. La forma dubitativa en que acabo de expresarme no demuestra sólo prudencia de adaptador arrepentido. Obedece a un escrúpulo más profundo. ¿Cabe, realmente, mondar y simplificar a los clásicos? ¿No era, más bien, nuestro propósito —conseguido sólo por accidente y en vértices muy contados— el de reescribir, en forma de relatos sencillos, ciertas leyendas célebres y el de enmarcar, dentro de una prosa sin pretensiones, algunos imperecederos fragmentos de la imaginación universal? Esto último fue lo que soñamos hacer. Pero no estoy seguro de que lo hayamos hecho. Y el problema sigue planteado, como un reto —amable, después de todo— para los escritores españoles e hispanoamericanos que acepten afrontarlo en lo porvenir.³¹

³⁰ Advierto que no logré encontrar todas las reediciones para corroborar fechas y tirajes.

³¹ J. Torres Bodet, *op. cit.*, p. 174.



De aquellos lectores en quienes incidió la lectura de la obra, ha sido posible recobrar el valioso testimonio de Salvador Elizondo. Él recordaría que André Maurois había dicho, más o menos

que el libro que debes leer y la mujer que debes amar [no recuerdo bien si en ese orden] han de llegar a ti ineluctablemente”. [...] Entre otras cosas me ha hecho pensar [...] en la anunciada aparición de la reedición facsimilar de las *Lecturas clásicas para niños* que publicó por primera vez Vasconcelos [...], un libro que providencialmente llegó a mí el día en que cumplí diez años de edad. Entonces no sabía nada de Maurois, pero cuando escribí su frase sobre las paredes de mi estudio, bastantes años después, comprendí que la sensación que el libro [...] me había producido era precisamente la de algo cuya llegada revestía, si no una importancia absoluta, sí una importancia

enorme. ¿Por qué? Porque ese libro me sirvió para obtener una visión indispensable del mundo a una edad en que es absolutamente necesario que el libro que tenemos que leer llegue a nuestras manos. De estas lecturas el niño puede obtener una concepción del mundo que influirá en su personalidad y en su conducta durante el resto de la vida. [...] La nueva edición de las *Lecturas clásicas* servirá seguramente de vínculo para la realización de una labor de enseñanza acerca de cuáles son los puntos fijos de la historia del espíritu humano, qué es lo que permanece, cuál es la verdadera gloria de los hombres y de los pueblos. Todo eso está allí, en ese bello libro que vuelve a nuestras manos después de treinta años gracias a la labor de difusión de la Secretaría. Sólo deploro que la edición de 500 000 ejemplares [...] no sea de, por lo menos, cincuenta millones de ejemplares, lo que por otra parte sería el mejor monumento que se le podría hacer a Vasconcelos que fue el primero en tratar de unificar el criterio pedagógico en México, mediante la difusión de obras como ésta.³²

Concluye aquí, lector, esta aportación modesta sobre la obra fundamental de nuestra lengua española que, a cuatrocientos años de nacida, continúa cautivando a aquella que no tiene edad: la imaginación.

³² Salvador Elizondo, “La pedagogía y las *Lecturas clásicas*”, en *Contextos*. México, SEP, 1973 (SepSetentas), pp. 26-29.